

Sobre la historia de la lengua vasca

Luis Michelena

SOBRE LA HISTORIA DE LA LENGUA VASCA

LUIS MICHELENA

1. — La primera dificultad, nada insignificante, con que me he enfrentado al aceptar encargarme de estas dos intervenciones sobre la lengua vasca dentro del programa dedicado a las lenguas de España en este curso superior de Filología hispánica, estaba arraigada en la latitud —para mí excesiva, porque la libertad tiene el inconveniente, al lado de inmensas ventajas, de ser a menudo molesta— que se me concedía al enfocar el tema desde uno cualquiera de los innumerables ángulos que quedaban a mi disposición. Lo de las «variedades diatópicas y diastráticas», con su inevitable tono jergal, más bien agravaba que aligeraba la carga. No es que en general los temas posibles pudieran resultarme poco familiares, ya que por necesidad profesional unida a la edad he tenido que tratar de todo o de casi todo, según las ocasiones. Lo que sucede es que quería tener en cuenta, más allá de mis gustos e inclinaciones personales, los deseos y las conveniencias de un público posible cuya composición, por lo mismo que era posible, escapaba en buena medida a mis poderes de conjetura o de adivinación.

Al fin, y como la decisión apremiaba, he acabado por preferir, no sé si con acierto o no, los problemas teóricos, un tanto intemporales, a los prácticos e inmediatos. Por concretar de una vez, me propongo tratar de esbozar, primero, algunas líneas maestras de la historia de la lengua vasca (que, como tal y en su integridad, constituye una variedad tanto diatópica como diastrática dentro de las lenguas hispánicas), no sin asomarme en algún momento a su prehistoria. Intento, después, dar una idea de algunos rasgos centrales de la lengua. Como historicista confeso (por más que popperiano) que soy en materia de lengua, no voy a sugerir que la vasca constituye una especie de esencia intemporal, inmune a los embates del tiempo. Creo, sin embargo, y lo digo con todos los respetos y precauciones, que en todo el transcurso histórico que nos está siendo desvelado no se alcanza a observar variación de mayor monta en las características nucleares de que intento hablar en segundo lugar. Desde luego, estoy convencido de que, si se llegara a ampliar de un modo por hoy inesperado

nuestro horizonte histórico, seríamos también testigos de una considerable modificación de esos y otros rasgos. Si tal cosa va a ocurrir, es algo que escapa a nuestro conocimiento, por suerte o por desgracia.

Como no quisiera que se me acusara de algo de que por una vez no he pecado, me permito señalar que he hablado y escrito bastante y en bastantes lugares sobre esos aspectos de la lengua, no tratados aquí, que podrían parecer más polémicos y conflictivos. Alguno de ellos lo he tocado, por ejemplo, en mi ponencia del Simposio de 1980 de la Sociedad Española de Lingüística que ha aparecido en *Revista de Occidente* extr. II, febrero 1982, núms. 10-11, 55-75.

2. — Entrando ya en el tema, tendría acaso que advertir de antemano que estas consideraciones parecen encaminarse más a tratar de los medios de hacer una historia de la lengua vasca y de las dificultades con que tropieza esa tarea, que a la historia como producto ya elaborado. Así, pues, si intentamos decir algo de la historia y protohistoria del euskara desde los comienzos de la influencia romana entre nosotros —por no hurgar más arriba por el momento— hasta los siglos X-XI, habrá que empezar —se trata de un tópico no menos inevitable por sobradamente socorrido— por señalar la escasez en número y la pobreza en calidad de nuestras fuentes que, además, y para mayor desgracia, son hasta muy tardías, al menos en sentido comparativo. Habrá que esperar, en efecto, hasta el siglo XVI para llegar a tener, en el sentido corriente de los términos, un conocimiento suficiente de la lengua —comparable, si se salva lo tocante a divergencias dialectales, al que la obra de Plauto nos proporciona para el latín—, unido a información directa, un tanto nebulosa en algunos puntos, sobre sus límites externos y sobre los que podríamos llamar internos.

Hay un modo tajante de clasificar las informaciones de que podemos disponer, empezando por las más antiguas. A riesgo de simplificar con brutalidad, los testimonios coetáneos suelen entrar en dos grupos: los que hablan *de* la lengua, de una parte, y los que hablan *en* la lengua, de otra.

Entre los primeros, cuenta con merecido renombre en nuestro caso, por lo que dice y por lo que sobreentiende, el comienzo mismo del relato de César, B. G. I, 1, en el que se afirma categóricamente que los belgas, los galos y los aquitanos difieren entre sí tanto por la lengua como por usos y leyes.

Por explícito que sea este testimonio, no habría motivo para aceptarlo sin crítica, ya que no hay razones para pensar que el autor se interesara en demasía por las lenguas de los pueblos que conquistaba, aparte de que no fue él, sino su lugarteniente Craso, quien dirigió

el 56 a.C. la campaña contra los aquitanos. Hay, por otra parte, motivos sobrados para sospechar que los antiguos en general, al igual que muchos modernos, se solían percatar de la existencia de complejos étnicos globales, dentro de los cuales la lengua no ocupaba por necesidad la posición central.

En otras palabras, el testimonio se sostiene, se tambalea o se cae, en realidad, por la existencia o inexistencia de puntales externos: es decir, por lo que alcanzamos a saber con seguridad de fuentes más fidedignas. Hay, sin ir más lejos, fundamentos más que probables para poner en duda la entera veracidad de las palabras de César en lo que atañe a los belgas, que en su gran mayoría hablaban una lengua muy parecida —la misma, mejor— que la mayoría de los que él llama celtas o galos. Se puede sospechar que aquí los germanos vecinos se hayan mezclado de alguna manera en su discurso.

3. — Por lo que a nosotros respecta, se da, a pesar de todo, una circunstancia que dentro de la insuficiencia de las fuentes obra de manera favorable. Es un hecho bien conocido, y por eso mismo huelga insistir sobre él, que ante todo en la parte occidental del mundo romano se solía correr una triste carrera en la que el conocimiento y empleo de la escritura, único medio de fijar la lengua del país, competía en rapidez con la desaparición de ésta. La competición, además, no era inocente desde el momento en que la escritura, como constituyente nada insignificante del nuevo estado de cosas, contribuía de modo muy eficaz a la extinción de la lengua antigua.

Por razones que no comprendo del todo, pero que sin duda existieron y tuvieron que seguir en operación muchos siglos después, el recodo mismo del Golfo de Vizcaya, por escoger un punto de referencia bien señalado, tuvo que ser una de las zonas más inaccesibles a la penetración cultural en Occidente. Será ocioso advertir que la cultura no suele andar sola, sino que es transportada por otros vehículos. La distancia, además, no se mide en este caso, como en el de la luz refractada, en millas o en kilómetros, sino que debe ser estimada según el tiempo que se tarda, en función de asperezas y obstáculos, en franquear el camino.

Aquí, a pesar de todo, la escritura llegó primero: como se sabe, y si no no estaría yo donde estoy y haciendo lo que hago, la lengua resistió entonces y resiste todavía, y esta pervivencia dió ya algún fruto en la misma Antigüedad. Al sur de la Aquitania, en los valles pirenaicos hasta Arán inclusive, se han conservado bastantes inscripciones, datables entre los siglos I-III de nuestra era, que, aunque latinas, llevan engastados en su texto nombres propios de persona y de divinidad que evidentemente son de otra procedencia. Su densidad es mayor hacia el este, lejos del País vasco moderno y alcanza un

máximo por Lugdunum Conuenarum; también se han encontrado, aunque en menor número, más al norte, en el país de los Ausci (Auch) o en Aire-sur-Adour, por ejemplo. La zona de los hallazgos es, como salta a la vista, más reducido que el territorio asignado a los aquitanos por César, y esta restricción puede corresponder a un retroceso real de la antigua lengua del país, ya que antes el único o principal enclave extraño (*allóphulon* lo llama Estrabón) parece haber sido el de los Bituriges celtas.

Operar con nombres propios y asignarlos a una u otra lengua es un proceder arriesgado, pero indispensable cuando no queda otro recurso. En nuestro caso, no son pocos los que, si se descuentan los cambios que ha acarreado la evolución de la lengua —cambios demostrables o por lo menos sospechados por otras razones—, coinciden con material lingüístico vasco; insisto en que la coincidencia es aquí material, además de formal. Cuesta mucho creer que *Andere*, *Nescato* en nombres de mujer, o *Cison*, *Sembe-*, *Seni-* en nombres de varón, deban a la casualidad su perfecta conformidad con vasc. *and(e)re* 'señora, mujer', *neskato* 'muchacha' (con un sufijo *-to* productivo entonces y más tarde en la formación de diminutivos), *gizon* 'hombre, varón', *seme* 'hijo', *sehi* 'muchacho' (vizcaíno ant. *sei* 'niño' con dip-tongo nasal), etc.

Tenemos en esta onomástica, y esta consideración puede hacerse extensiva a bastantes nombres de lugar (de población, en particular), testimonios que hablan, aunque por vías oblicuas y en tierra latina, la lengua que nos interesa. Pero de poco nos valdría esto (todo quedaría reducido, en el mejor de los casos, a una vaga delimitación de áreas onomásticas) de no disponer, como disponemos, de documentación más reciente, incluso actual, a cuya luz la antigua pierde lo más de su ambigüedad inherente.

4. — Importa subrayar esto, ya que el curso temporal de la lengua vasca ha estado marcado muy a menudo, casi a lo largo de toda su historia, por lo que alguna vez he llamado, no sé si con acierto, su carácter recesivo. Y me refiero así al hecho de que la lengua, a pesar de existir y hasta de ser idioma único dentro de alguna comunidad, no termina de aparecer por escrito a no ser en estilo indirecto, como en la antigua Aquitania. Esto lo expresó inmejorablemente Axular en 1643, aunque seguramente se limitaba a tomar nota de lo que observaba a su alrededor: *Orai badirudi euskarak ahalke dela, arrotz dela, eztela iendartean ausart* «Se diría que la lengua vasca está ahora avergonzada, que se siente extraña, que no se atreve a presentarse en público». Y añade, dejando de lado toda personificación: *Zeren are bere herrikoen artean ere, ezpaitakite batzuek nola eskiriba eta ez nola irakur* «(Y sucede esto) porque incluso entre los de su país, algunos no saben ni cómo escribirla ni cómo leerla».

Por lo que toca a Hispania, no parece haberse dudado (y se habrían encontrado, de buscarlos, argumentos aceptables) de cuál era la lengua de buena parte de los Vascones antiguos: ¿dónde, sino entre ellos, habían de encontrarse vascongados —empleo el término clásico— o antecesores de éstos? Claro que el acuerdo entre denominaciones de ayer y de hoy pierde mucho de su valor si se aducen los únicos nombres vascos de la lengua y de sus hablantes: *euskara* y *euskaldunak*. Las opiniones aplastantemente dominantes, al fin y al cabo, no alcanzan necesariamente esta condición por lo que tengan de racionales.

Sea de esto lo que fuere, el hecho es que ahora, a partir de 1960, se han empezado a hallar muestras epigráficas comparables a las aquitanas en nombres de persona, al este de Navarra (y no es sin duda casual que esto se haya producido en zona muy romanizada, aunque fronteriza) y también en Aragón, muy posiblemente. Es curioso que uno de los criterios discriminatorios, no del todo fidedigno, en que uno tiene que apoyarse cuando faltan otros más firmes sea fonológico, y que se trate, como en Aquitania, de una sola letra, *H*, cuya frecuencia y distribución (hay grupos como *NH*) es muy peculiar. Recuerdo que una letra equivalente faltaba en las varias versiones del semisilabario ibérico, lo cual está de acuerdo con el hecho de que *H* esté prácticamente ausente de la transcripción latina de nombres ibéricos. Y, pasando de la grafía a la pronunciación, no parece que /h/, una aspiración, existiera en celtibérico ni en otras hablas indoeuropeas de Hispania. Tampoco existía para el caso en galo (un nombre como el gen. *Dunohorigis* no puede serlo del todo) y su pérdida en latín es temprana, de lo cual hay pruebas abundantes.

4. — Esta especie de retraimiento de la lengua, por volver al símil antropomórfico, explica que muchas veces, en la Antigüedad y en épocas mucho mejor documentadas, parezca que no ha habido áreas de habla vasca allí donde necesariamente tuvo que haberlas. «Es sorprendente —escribe Jürgen Untermann (1)— que la provincia de Alava, que más tarde es vasca, parezca no haber conocido más que nombres propios celtibéricos en la Antigüedad». Y últimamente, en sus *Monumenta linguarum hispanicarum* puede leerse, de acuerdo con las ideas de Gómez Moreno, que «la existencia de una fuerte población celtibérica en la frontera de Navarra y Alava está asegurada por los antropónimos» (*MLH* I, p. 242), o que un fragmento ibérico hallado en Aubagnan (Landes) podría indicar «relaciones con los nombres de persona celtibéricos de Alava».

(1) *Die Sprachen im römischen Reich der Kaiserzeit*, Beihefte der Bonner Jahrbücher, 40, 1-17.

Algo parecido ocurre con los nombres de población que se atestiguan a lo largo del Iter XXXIV o en sus proximidades: *Ouéléia*, *Sou-estásion*, *Toullónion*, *Gébala* (nombre para el cual propuse hace años una etimología indoeuropea: cf. gr. *kephalé*), *Gabálaika*, *Alba* o, ya en territorio navarro, *Bitourís* y *Kournónion* (2).

Untermann admite con restricciones que «solamente quedan muy pocos rastros que encierran la promesa de poder ser aducidos como testimonios antiguos de la lengua vasca: se trata de nombres de persona y de divinidad en inscripciones latinas procedentes del valle superior del Garona, de algunos lugares del País vasco francés (3) y últimamente de una inscripción de Lerga en Navarra». Cf. además *MLH* I, p. 37 y II, p. 381. Su conclusión, acaso excesivamente severa, se funda en criterios muy explícitos: «Aber wo die Quellen fehlen, haben Historiker und Linguisten ihr Recht verloren».

Al estudiar las monedas, el autor ve que hay una zona, su zona IV, sobre todo IV a, correspondiente al Alto Aragón y Navarra, que presenta particularidades propias, aparte de que resulte difícil por las leyendas monetales asignar sus cecas a la Hispania ibérica o a la celtibérica. Además de particularidades gráficas, esas leyendas las presentan también ortográficas y, en otro terreno, se ha hablado de un *ductus* vascónico y de un estilo apellidado también así, y no precisamente por elogio, denominación que Untermann acepta con alguna reserva.

Por todo eso, me parece que Javier de Hoz (4) tiene toda la razón al presentar unos fundados reparos en relación precisamente con esta región numismática: «8.4 es un apartado importante porque se ocupa de una zona 'entre el Ebro y los Pirineos', decididamente difícil e interesante. El A. parte de una agrupación de cecas, basada en criterios no lingüísticos, cuya situación geográfica no permite atribuir las a priori a una lengua determinada... Hay sin embargo una premisa no explícita en el enfoque del A., aquí y en otros lugares, con la que no estoy de acuerdo, y es la exclusión sistemática del euskera antiguo... es indiscutible que las inscripciones aquitanas con nombres vascos antiguos no representan toda el área de extensión de esta lengua;

(2) Véase M.^a Lourdes Albertos Firmat, «Alava prerromana y romana. Estudios lingüísticos», *Estudios de Arqueología Alavesa* 4 (1970), 107-234. Mis desacuerdos con este trabajo tocan mucho más de cerca a lo prerromano que a lo romano.

(3) Trabajo cit. en la nota 1. No hay más que una inscripción, que yo sepa, hallada en el País Vasco actual, cerca de Tardets, en la Soule.

(4) «Crónica de lingüística y epigrafía prerromanas de la Península Ibérica: 1979», supl. de *Zephyrus*, 1980, 299-323. El pasaje citado y otras precisiones se encuentran en la p. 306.

hallazgos aislados como el de Lerga, la continuidad histórica de los vascones, topónimos ya atestiguados en la Edad Antigua, todo esto nos garantiza que cuando los romanos alcanzaron la región navarra encontraron una población que en gran parte hablaba vasco antiguo, aunque los más destacados de sus miembros prefiriesen (5) en general llevar nombres del repertorio indoeuropeo, común a gran parte de la Península. Por ello creo que no se debe jugar sistemáticamente con la alternativa celtibérico-ibérico».

5. — Cuando Untermann establece *comme allant de soi*, como cosa que cae de su peso, que una parte de la Aquitania cesariana tiene una onomástica característica e inconfundible con otras vecinas según el testimonio de inscripciones latinas de época imperial, no hace sino repetir lo que ya había establecido Joshua Whatmough, por ejemplo, en sus *Dialects of Ancient Gaul*, 1949-1951. El paso siguiente, que ambos y otros han dado, es el de concluir de una área onomástica a una área lingüística. Ya en época romana se advierte sin ambigüedad la existencia de un dominio que sobre todo desde que el medievalista Achille Luchaire puso los puntos sobre las íes no podía ya ser pasado por alto. Esa realidad es lo que Martinet iba a llamar 'euskarrien' y lo que el siglo pasado y parte de éste se decía 'éuskaro' en castellano.

Por eso mismo, porque esto es tan patente, constituye una curiosidad de la investigación histórica en torno a lo vasco el hecho de que la totalidad o casi totalidad de los autores hasta tiempos muy recientes, acaso hasta la publicación en 1877 de *Les origines linguistiques de l'Aquitaine* de Luchaire, se hayan obstinado en considerar la lengua vasca como un hecho exclusivamente cispirenaico que sólo gracias a un corrimiento bastante reciente había llegado a ser también, en alguna medida, francés o galo. Uno comprende que se pensara así a este lado de la frontera, pero no puede menos de admirarse de que un historiador tan serio —y francés con ribetes de *chauvin*— como Oihenart se adhiriera al punto de vista de sus colegas de Ultrapuertos y diera por sentado que la expansión de la lengua vasca al norte de la frontera viene, más o menos, de la famosa incursión del 587, contragolpe de la campaña de Leovigildo en Hispania con la 'fundación' de Victoriaco el 581.

Es admisible que una lengua se hable en una región, deje de estar en uso y vuelva otra vez a ser introducida en ella: se habló celta en

(5) En algunas zonas y no, por ejemplo, en alguna comunidad, que por ahora se nos aparece aislada, como la de Lerga. En otros casos (cf. la onomástica de los miembros de la Turma Salluitana), la aristocracia tal vez se inclinara por los nombres ibéricos.

la Bretaña francesa, se perdió la lengua sustituida por el latín y volvió a usarse allí hasta el día de hoy, gracias a la inmigración desde la Gran Bretaña. Cabe también que, de modo análogo, el vasco que un día se habló en tierras galas volviera después a ellas por un movimiento de flujo que siguió al reflujo anterior. Con todo, es ésta la hipótesis menos económica y, por lo tanto, la menos aconsejable, si no hay razones de otro género que la abonen.

Lo más simple, y por ello lo más verosímil, es la suposición de que lo que hoy se habla al norte de los Pirineos no es sino un resto de lo que allí se hablaba antes de que se dejara sentir la influencia romana. La romanización, a juzgar por las muestras que dejó, fue insignificante en Vizcaya, y más todavía en Guipúzcoa y en la parte que correspondió al *saltus Vasconum* en Navarra, pero no fue mucho mayor en la Euskal Herria septentrional. Las inscripciones proceden de zonas en las que la influencia romana se estaba dejando sentir. En el desierto a que acabo de referirme, por el contrario, no hay prácticamente inscripciones y tampoco hay, por lo tanto, onomástica atestiguada, ni latina ni indígena.

6. — La suerte de la lengua vasca, aunque mejore en la Edad Media, no es tan buena como se podría pensar en lo tocante a la documentación. Se puede conjeturar que *Lizarraga*, atestiguado como apellido por San Miguel de Pedroso, en la cuenca alta del Tirón, era la versión vasca de *Fresneda* (*lizar* es naturalmente 'fresno'), latinizado *Fraxeneta*, y seguramente se acierta. De modo similar, sólo una anotación suelta del Libro Rubro de Iranzu en Navarra permite adivinar que *Paterniana* en Alava se decía *Baternia* en lengua vasca. También por medios indirectos se descubre que *Undio* / *-u* correspondía a lo que oficialmente era *Undiano* en Navarra. Los ejemplos podrían multiplicarse casi a voluntad.

Cuando don Ramón Menéndez Pidal, *Orígenes del español*, § 20 5, escribe, a propósito de *Penna Alba*, *Auba*, *Ova*, del lat. *alba*, que «hoy se conserva Ova en Vizcaya frente a Alba en León, Palencia, Cataluña, etc.», da por supuesto que ese nombre vizcaíno de población ha sufrido en sus sonidos una evolución típicamente románica —que en este caso no sería además vasca—, para lo cual es necesario que existiera un medio social en el que el nombre pudiera evolucionar así y no a la vasca: en este caso tendríamos inmutable el prototipo latino *Alba*. Esto, sin embargo, se le hace a uno duro de creer cuando recuerda que allí encontró en 1937 gentes con las que no se podía conversar más que en una lengua, que no era el castellano. La posición de don Ramón se asentaba por otra parte en el aire, dado que un hijo de ese barrio, autor en el siglo XVI de un libro en el que trataba in extenso de cuestiones de ortografía y de paso de pronunciación, nos

asegura que la población se llamaba *Oa*, con una vocal tras otra, sin consonante intermedia (6).

Casi en nuestros días todavía podía uno dejarse cegar por el aspecto monocolor de la documentación escrita, sobre todo si era en algún sentido oficial y, de no andar advertido, podía haber llegado a la conclusión de que, en Guipúzcoa por ejemplo, (casi) todo el mundo, sin excepción (casi), se expresaba tan sólo en castellano. Bien es verdad que, aun en lo escrito, hay elementos más que suficientes para tener que descartar esa opinión, si se pasa la documentación por un cedazo más fino. Más provechosos que cualquier otra clase de papeles son los procesos seguidos ante tribunales eclesiásticos en que el tenor literal (y por consiguiente la lengua misma) era de peso decisivo, así como los documentos notariales en que, o por ignorancia de los equivalentes castellanos o por no dejar resquicios a la duda, nombres de aperos o de objetos de uso doméstico quedan a veces sin romancear.

7. — Si empezamos con un recuento de conocimientos e ignorancias sobre la historia externa de la lengua vasca, tendremos que mencionar los vecinos más antiguos, en la medida en que son conocidos. Ya se ha dicho que los límites septentrionales del éuskaro en la Aquitania fueron descendiendo en la mejor época del Imperio, proceso que acaso había empezado ya, frente al galo, antes de César. También tuvieron que irse estrechando en dirección oeste desde Arán, St.-Bertrand-de-Comminges, Luchon, etc., hasta llegar a unos límites que, desde que podemos hacernos idea cabal de las cosas, son los mismos de la Euskal Herria contemporánea.

Por lo menos sabemos bien quién fue allí el vecino y concurrente, antes del latín y junto a éste: el galo que acabamos de mencionar, lengua indoeuropea y más precisamente céltica. De lo que pudo haber por allí antes del galo, como nada sabemos, lo mejor es guardar silencio.

La situación fue más compleja al sur y los límites, si cabe, peor dibujados. No hay duda sobre la existencia de dos importantes len-

(6) Leo en Bladé, *Etudes sur l'origine des Basques*, 1869, p. 252, n. 2, que Francisque-Michel, tras la publicación del poema de Anelier sobre la guerra de los barrios de Pamplona en 1276, «qui ne donne pas même à soupçonner qu'en fait de langue courante il soupçonât l'existence d'une autre que la sienne», llegó al parecer a dudar de que en la capital navarra se hablara vascuence (y, añadido, romance navarro). Pero este testimonio no tiene demasiado valor. Los pobladores francos usaban su lengua, el occitano, que era más o menos la misma que la del trovador, y ni aquéllos ni éste podían estar demasiado preocupados por la lengua o lenguas de sus enemigos.

guas escritas y sin duda también habladas en zonas bastante extensas: el ibérico, no indoeuropeo (rasgo negativo que le asocia al vasco más que ninguno positivo), y el celtibérico, indoeuropeo y céltico como el galo. Los límites entre el ibérico y celtibérico se están precisando mucho últimamente, por la parte de Zaragoza más que nada, gracias al hallazgo y estudio de los dos bronceos de Botorríta, el celtibérico y el latino. Con este último parecen fijarse mejor los límites étnicos (no necesariamente los lingüísticos) de los vascones hacia mediodía y oriente. Remito a Guillermo Fatás, *Tabula Contrebiensis*, Univ. de Zaragoza, 1980.

Al este y más precisamente al noroeste queda mucho que aclarar: los indicios, por indirectos, son radicalmente insatisfactorios. En principio, uno se sentiría tentado a creer que la lengua indígena hablada en los valles septentrionales del Pirineo no era extraña a los meridionales: hay en la Edad Media y en la Moderna una estrecha comunicación entre valles de una y otra vertiente, manifiesta en la coincidencia en los resultados de la fragmentación dialectal románica. Pero hechos atestiguados más tarde (el testimonio de la toponimia en lugar muy señalado) han llevado a muchos a la firme convicción que encuentra diáfana expresión en el mapa de *Orígenes* dedicado al «Último reducto de los dialectos ibéricos», vale decir éuskaros, donde el «límite de la romanización tardía, hacia los siglos VI-VII» abarca, digamos, Sos, Ejea de los Caballeros, Benabarre, Tremp, Sort y Andorra, aparte de llegar a las mismas puertas de Huesca. Luego J. Corominas, en sus *Estudis de toponimia catalana* I, 1965, siguiendo una idea de R. d'Abadal dio demostración cumplida, aunque tuviera que ceñirse a la *circumstantial evidence* anglo-sajona, de que en Ribagorza y el Alto Pallars la lengua antigua pudo conservarse, sin conexión ya con los núcleos mayores, no sin quedar marcada por el contacto, varios siglos más tarde que el tope fijado por Menéndez Pidal.

8. — Al otro extremo, tampoco cabe dudar de que el latín también hizo progresos hacia el norte, mientras la administración romana funcionó con efectividad, progresos que tendían a empujar a la lengua del país a la vertiente cantábrica. Pero en la Edad Media, sobrepasado el hiato documental, nos la encontramos extendida mucho más allá de las tierras de várdulos y caristios, por la Rioja Alta y Burgos, en las cuencas del Oja, del Tirón, del Arlanzón y del Oca. Fernando III, según descubrió Merino Urrutia, había reconocido el derecho de los vecinos de Ojacastro a emplear el vascuence en los tribunales.

Frente a la alternativa que generalmente se propone (se trata de un reducto que resistió *in situ* a la romanización, hipótesis poco atractiva, o bien del resultado de la expansión navarra a principios del siglo X), yo me inclinaría por un término medio: la formación de

un núcleo, unido entre otros vínculos por la lengua, por una emigración que empezaba ya a buscar una salida a las estrecheces a través de la barrera del llamado *limes* desde García Bellido durante el Bajo Imperio y que creció sin medida en los siglos confusos que siguieron. En todo caso, los siglos IX-X, punto de referencia que eligió para su mapa Menéndez Pidal, acaso ya no fueran el momento de mayor extensión de la zona en que «el vascuence predominaba todavía».

Los nuevos tiempos no trajeron consigo solamente un mejor conocimiento de los límites: también mejoró el conocimiento de la lengua. Desde los siglos X-XI son cada vez más frecuentes, aunque casi siempre en contexto aloglota, los materiales vascos. Se trata ante todo de nombres propios, pero también pueden hallarse palabras comunes, fragmentos de frase, algún breve léxico, etc. Y en el siglo XI, en el monasterio riojano de San Millán, ocurre lo que por su rareza más bien parece un milagro. Entre las glosas hay dos frases vascas, dos oraciones, hecho cuya importancia no se desvirtúa porque sigan resistiéndose a los exégetas. Por otra parte, Francisco Rico ha mostrado no hace mucho que, aparte de que el carácter mismo de las glosas no acaba de ser entendido rectamente, no se ha caído en la cuenta de que las glosas dan más, aunque de modo indirecto, desde el punto de vista vasco de lo que solemos decir.

Podría hacerse sin largas consideraciones un resumen razonable de la historia posterior de la lengua. Es un hecho que, desde que se escribieron las glosas hasta hoy, los límites de la lengua, por todo lo que sabemos, no han hecho más que retroceder, al sur del Ebro primero, hasta su desaparición, y al norte del Ebro después. Ya desde el siglo XVI por lo menos habría documentación suficiente para probar la existencia de grupos numerosos de habla vasca fuera del país, en Europa y acaso más que aquí en América, pero tales grupos llevan una existencia oscura y nunca llegan a consolidarse.

En el país mismo la erosión, externa e interna, continúa. Ahora bien, al tiempo que la comunidad de lengua va perdiendo peso relativo en el mundo real, la presencia de la lengua, resquebrajada o rota la costra de la lengua oficial, es cada vez más manifiesta. Sabemos cada vez más de ella, de su pronunciación, de su gramática, de su léxico, de sus variedades. Hasta nos hallamos cada vez mejor informados de sus mermas: considerables en el siglo XVIII, mayores en el XIX, sobre todo en su segunda mitad. Aumenta, por otra parte, la atención que merece a los estudiosos y es también cada vez mayor el ámbito de su empleo escrito: se usa la lengua en nuevos campos y se cultivan nuevos géneros en lo literario.

9. — No vale la pena de proseguir la historia, cada día más conocida (y conflictiva) a medida que nos acercamos a estos momentos.

Tal vez tenga, en cambio, algún interés el mostrar cómo ciertos aspectos muy salientes de la lengua, y algo parecido se podría también decir de los estudios que a ella se dedican, tienen todavía que ver con nuestra prehistoria lingüística.

El hecho decisivo es que, hacia el siglo II anterior a nuestra era (y descontando lo que quedara de la lengua del sudoeste de la Península e incluso de hablas no descubiertas por falta de testimonios), las dos lenguas no indoeuropeas, que muy bien podemos suponer de introducción más antigua, quedaron aisladas como islas en un mar de lenguas indoeuropeas: galo, celtibérico, lusitano..., y por último el latín. El aislamiento, efecto de accidentes históricos, les fue común desde muy pronto tanto al ibérico, lengua escrita por lo menos desde el siglo IV a. C. y hablada en una zona de notable adelanto como expuesta a las influencias orientales que le llegaban sobre todo por el mar, y el oscuro éuskaro, que aún había de tardar siglos en alcanzar un cultivo escrito semejante.

La desigualdad de la suerte que corrieron una y otra no se debió sin duda sólo a que el ibérico estuviera menos resguardado por la geografía. El desarrollo cultural, de por sí, a no ser que alcanzara el grado excepcional del griego (o, en un campo limitado, el del hebreo como elemento esencial del judaísmo), constituía un factor de vulnerabilidad antes que de inmunidad, al abrirse al contagio de pueblos cuya superioridad cultural era ante todo militar y económica. El ibérico, en consecuencia, desaparece bastante pronto —digamos que en el siglo I de nuestra era— dejando en el latín lo que las lenguas suelen dejar al apagarse: nombres propios no interpretables y algún que otro término de sustrato difícil, si no imposible, de reconocer en cuanto a su procedencia precisa.

He insistido en que, prescindiendo de lazos de afinidad que parecen haber sido fuertes en lo fonológico por lo menos, la relación entre vasco e ibérico está basada en el rasgo negativo común de no ser indoeuropeas. No es que los testimonios de César y de Estrabón y algún otro que podría añadirse carezcan de valor en materia de lengua. Lo que sucede es que para ellos lo etnográfico va antes que nada y atienden a la configuración física y moral de la población, a su organización y división político-administrativa. A esto apuntan, pongamos por caso, las observaciones de Tácito cuando encontraba semejanzas de contextura corporal entre los iberos (entendidos, no hace falta subrayarlo, *lato sensu*) y gentes que ahora llamaríamos galesas.

La lengua viene en segundo lugar, aunque siempre se intente tomarla en cuenta. Por más que hoy pensemos que ibérico y vasco antiguo lejos de ser la misma lengua no podían estar unidos a lo sumo más que por un vínculo genético demasiado remoto, tenemos que te-

ner presente cómo tenían que aparecer las cosas para conocedores del latín y del griego o, para el caso, sólo del latín. Para éstos, a poco dotados que fueran, el galo al norte y el celtibérico al sur tenían que mostrar un aire de familia, hasta bastante marcado, con su propia lengua: por mucho que esto nos sorprenda, las cosas no tenían que ser tan duras para César como para Zeus, cuando éste partió en sus investigaciones de las lenguas célticas modernas. Euskaro e ibérico, por el contrario, tenían también que parecerse entre sí por su común y radical alteridad, que en términos lingüísticos es ininteligibilidad.

10. — En la relación de vecinos ha quedado casi en blanco lo referente a los occidentales, con los cántabros como unidad principal. La relación de cántabros y vascones, que para ciertos autores son vecinos entre sí, mientras que otros nos los presentan separados por varios pueblos intermedios, sólo indica que, entonces como ahora, se opera con generalizaciones en que las denominaciones mayores absorben con facilidad a las pequeñas. Está claro, por otra parte, que nadie tenía interés en dibujar la frontera que separaba a indoeuropeos de lengua de no indoeuropeos, esa frontera que unos han puesto entre várdulos y vascones y otros, no los más exaltados, pondrían acaso entre autrigones y caristios.

Aunque ya en César los cántabros aparecen —como si les fueran estrictamente limítrofes— acudiendo en ayuda militar de los aquitanos, la relación entre cántabros y vascones aparece establecida, sobre todo desde la última parte del siglo VI por la oposición a un enemigo común, tema para el cual basta con remitir a Barbero y Vigil. En cuando a lengua, hay un término reciente seguro y otro antiguo tan sólo probable. El reino de Cangas ya se nos aparece en la historia como de lengua románica, cosa que no se puede decir del reino de Pamplona en el siglo IX. En la época romana Javier de Hoz presenta unas conjeturas que me parecen del todo razonables: «...la total preponderancia de los nombres indoeuropeos, que aparecen además sin modificaciones ni adaptaciones a diferencia de lo que ocurre con los pocos elementos supuestamente i.e. en el área ibérica, aconseja considerar a los cántabros como hablantes de una lengua i.e., siendo imposible precisar si ésta era céltica o no». Irían, pues, en principio con los berones riojanos, calificado de celtas, y con los celtíberos en general.

11. — Desaparecido ya el ibérico, el vascuence conoció, a su vez, las vicisitudes externas que ya se han relatado, más algunas de las que nada se ha dicho. Su condición de lengua isla, como algunas veces se ha solido decir, le ha durado hasta el día de hoy, a pesar de los denodados esfuerzos de intrépidos y sabios comparatistas que inten-

taban probar su parentesco genético con otras lenguas. Todo sigue en presunciones no confirmadas.

En su trato con el latín y los romances vecinos ha recibido mucho y muy variado, y no entro en lo que les ha podido dar. Ante todo en el léxico, en la derivación, en la sintaxis o, mejor acaso, en algunos aspectos un tanto superficiales de ésta. Pero lo que ha tomado, por mucho que sea, lo ha tomado, como creo decían los escolásticos, *ad modum recipientis*. Por eso mismo y a pesar de la aculturación, mantiene un tipo que es imposible de confundir con el de los romances, vecinos o no, y aun con el de las lenguas indoeuropeas, modernas o antiguas. Pero a esto le he dedicado un capítulo aparte.

P. S.—Este artículo y el siguiente constituyen el texto escrito que estaba destinado a cubrir dos conferencias en el curso superior de Filología hispánica, Univ. Menéndez Pelayo, Santander. Por problemas de nivel y de tiempo, sólo en muy corta medida pude exponer de palabra lo que en estas páginas aparece en su forma original.